

el Justo valor de dho Esclavo y si fuese mayor en qualquiera cantidad que sea la donación le haze de ella al dho comprador. Donación, pura, perfecta y acabada que el dro llama intervivos y renunció la Ley del Ordinam^o Real y el remedio de los quatro años del engaño y demas leyes que con ella concuerdan y desde aora en adelante para siempre se desapodera y desiste del dro. de Patronato, posesión, y Señorío que en el dho esclavo tiene y le pertense y todo lo sede renuncia y traspasa en el dho Dn Joseph Martinez de la Raga comprador y en quien su dro representase para que sea su esclavo sujeto a servidumbre y como tal lo tenga, venda e disponga a su voluntad, en virtud de esta escritura a cuya seguridad obligo su persona y bienes havidos y por haver de tal manera que no le saldra mala voz ni se le promovera pleyto alguno sobre ello; y si le saliese, o promoviese, lo seguira y defendera a su costa desde el día que de ello tuviera noticia hasta fenecerlos y sino lo cumpliere y el dho Dn Joseph Martinez de la Raga comprador fuese despojado del dho esclavo, luego que suseda, le bolverá los dhas setenta y sinco libras que le ha pagado con mas las costas y daños que de ello se le siguieren y recreciesen. Y por todo ello como si aquí tuviera liquidación se le execute con esta escritura y su Juramento en que lo difiere y sin otra prueba de que le relievra aunque de dro se requiera. Y dió poder a los Justicias y Juezes de Su Magd de qualesquier partes y jurisdicciones que sean para que a ello le apremien como por sentencia passada en cosa juzgada e por el otorgante consentida. Y renuncio con la general en forma las leyes, fueros y derechos de su favor. En cuyo testimonio otorgo la presente que firmo siendo testigos Ignacio Maluenda Clerigo de Menores Ordenes, franco Martinez y Carratala, Maestro Carpintero, y Miguel Espinos Menor de este nombre oficial de pluma Vezino de esta dha Ciud de Alicante de que Doy fee.—Andrés Carrasco.—Ante mi Joseph Segura.—

Concorda este traslado con su original registro o pasó ante mi y queda en mi poder a q me remito, y en fee de ello de pedimto del dho otorgante; Yo Joseph Segura essno del Rey nro. Señor en Su Corte, Reynos, y Señoríos, pco del juzgado desta dha. Ciud de Alicante y Vez^o de ella, doy el pnte q. signo y firmo a catorze de Agosto día de su otorgamto año de Mil Seteztos y veinte y tres

En testim^o de Verd

i h s

Joseph Segura (rubrica)"

Pero a pesar de todas aquellas condiciones excepcionales que parecía reunir José Manuel de la Asunción, como se llama el esclavo, tampoco esta vez paró mucho en la casa de su nuevo dueño, puesto que, en mayo del año siguiente, el Sr. Martínez de la Raga hacía donación graciosa del mismo al Santo Hospital valenciano.

Esta vez no es un documento notarial el que se extiende sino una simple declaración, ante testigos y suscrita por el propietario, en la que se manifiesta la voluntad libre de ceder el esclavo "por vía de limosna" y sin limitaciones de ninguna especie en el disfrute del mismo, aunque la frase "...para que se sirva de él para sus oficinas..." parece suponer no sólo la despierta condición del interesado, sino quizá también el deseo, por parte de Martínez de la Raga, de favorecerle con esta discreta recomendación. El resto del párrafo —"...o le venda y en todo le entrego al libre alvedrio de dicho Hospital..."— tiene todas las apariencias de una fórmula exigida para que el dominio del Hospital no se vea menoscabado.

"Digo yo el abaxo firmado Dn Joseph Martinez de la Raga, que de mi buen grado y por via de limosna hago donación al Hospital Real y General de esta Ciudad de Valencia de vn esclavo llamado Joseph Manuel de la Assumpcion, Christiano, de quien tengo dominio Justificado según consta por las escrituras que al mismo tiempo presento y entrego con él al dicho Hospital, para que se siva de él para sus oficinas, o le venda y en todo le entrego al libre alvedrio de dicho Hospital y de sus Administradores y Clauarios actuales y que por tiempo fueren; y para que en todo tiempo y lugar conste de esta donasion firmo el presente siendo testigos de ella el licenciado Joseph Palau Presbytero y el licendo Domingo Panes Clerigo en dicha Ciudad de Valencia a 13 de Mayo de 1724.

Don Joseph Martinez de la Raga y Julián."

Los dos anteriores documentos que transcribimos pertenecen al Archivo del Hospital, que hasta el momento presente no ha mostrado rastro alguno de lo que fué de este desgraciado "se-moviente". Ambos escritos se encuentran en el legajo núm. 1 de una sección denominada VARIOS DOCUMENTOS CURIOSOS.

Antigüedades de Altea

“CAPNEGRET “

POR FRANCISCO MARTINEZ Y MARTINEZ

Un pequeño promontorio formado por arcillas y margas cenicientas y aglomeración de grandes peñascos negros (pórfido) se mete en las saladas aguas del Norte del río, y da ocasión a que se inicie dentro de la amplia y magnífica bahía de Altea a un pequeño seno, en el que el mar, resguardado del *gregal* por el *Morro de Toix*, brinda a las embarcaciones protección en las tormentas, si bien algunas veces ofrece sus peligros, pues allí a lo mejor se pone el agua como en ebullición, no por la temperatura, sino por el movimiento, y he ahí porqué aquel punto comprendido entre el Capnegret, el tossal y barra de la Galera, y por el Levante la Illeta, se llama la *Olla*, costa de mar que tiene la más placentera playa de toda la bahía, no pudiendo por tanto el haber dejado de ser interesante en todos los tiempos.

Coronaba el cabezo una torre que no debió de ser de grandes proporciones, de la que sólo los cimientos hemos conocido, y de la cual ya no queda rastro, como también casi ha desaparecido el montículo, al que la codicia se ha encargado de quitarle su aspecto de cabeza negra, que tan justamente le dió nombre, arrancando a fuerza de dinamita y destrozando los negros peñascos de duro pórfido, los cuales, transformados en adoquines, están solando el puerto y calles de Valencia, como también en Alicante, y los desperdicios, convertidos en machaca, afirmando muchos trozos de carreteras. Capnegret, el típico montecillo de graciosa factura con su antigua torre de mampostería, ha desaparecido, dejando sólo un diminuto entrante de costa en el mar, formado por cenicientas margas apicachadas, que, por ser materia sin valor, han despreciado los egoístas y avaros. ¡Pobre cerro!, tú que ofreciste materiales al hombre de las cavernas para sus utensilios; tú que presenciaste el navegar de los bajeles fenicios y griegos; tú que diste asilo a los cartagineses, y por tu falda viste pasar al más grande varón de aquel pueblo con su ejército, Anibal, el caudillo que llegó a las puertas de Roma, y más tarde al gran Jaime el Conquistador con sus almogávares; tú que prestaste cobijo a las naves romanas; tú que con tus ahumadas durante el día y tus fuegos nocturnos tantas veces provocaste la alarma al divisar las galeras de los piratas argelinos; tú que contemplaste a tantas armadas hacer aguada en el próximo río; tú que miraste cómo los bajeles defensores de Carlos III de Valencia desembarcaron sus huestes en la inmediata playa de Altea, e izaste la bandera del Austria; tú que sin duda durante la última barbarísima guerra europea te diste cuenta del cauteloso navegar de los navíos que pasaban casi rozando tus peñascos, has desaparecido, ¡quién dijera que la codicia destruyese al mudo testigo durante tantos siglos de tan variadas civilizaciones y sucesos distintos!

Algunos historiadores regnicolas escribieron que en Capnegret se habían encontrado restos antiguos; pero como nosotros, a pesar de investigaciones por los alrededores del promontorio ni el más insignificante fragmento de tuestos de edades pretéritas pudimos encontrar, así como tampoco, interrogadas las gentes de aquella contornada, en absoluto ningún dato pudieron ofrecer, no quisimos incluir en la colección arqueológica de nuestra villa al original montecillo, con tal escrupulosidad hemos hecho el trabajo; pero la suerte, factor muy importante en

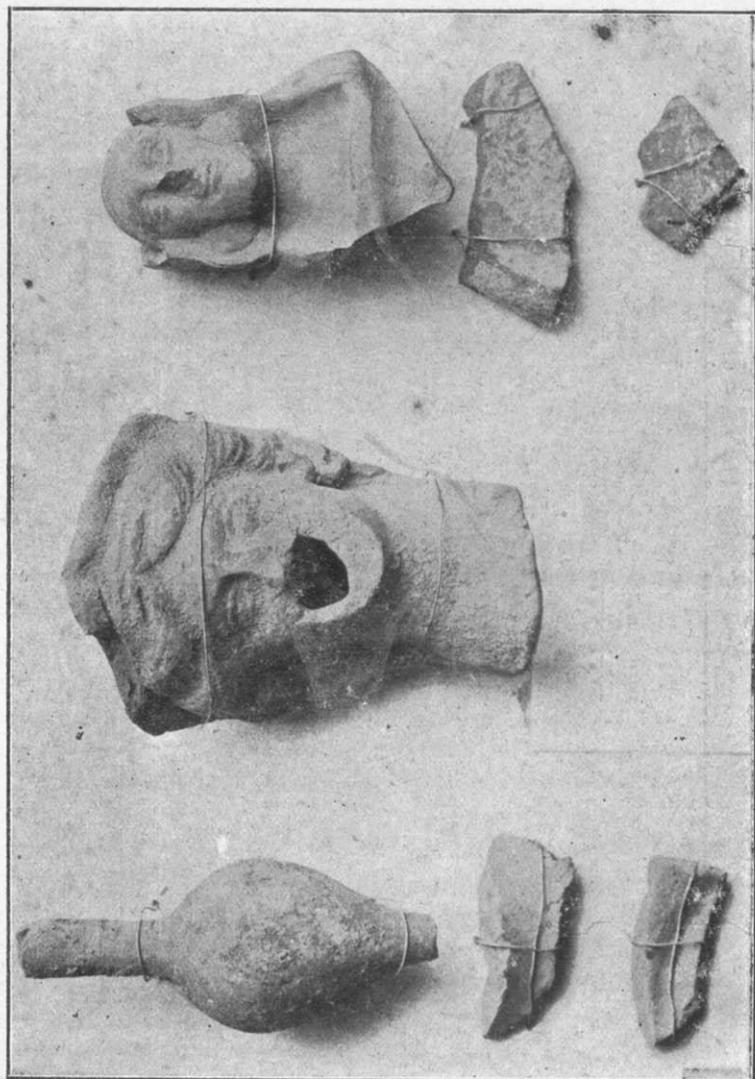


Figura 1.^a
Hallazgos arqueológicos del "Capnegret"

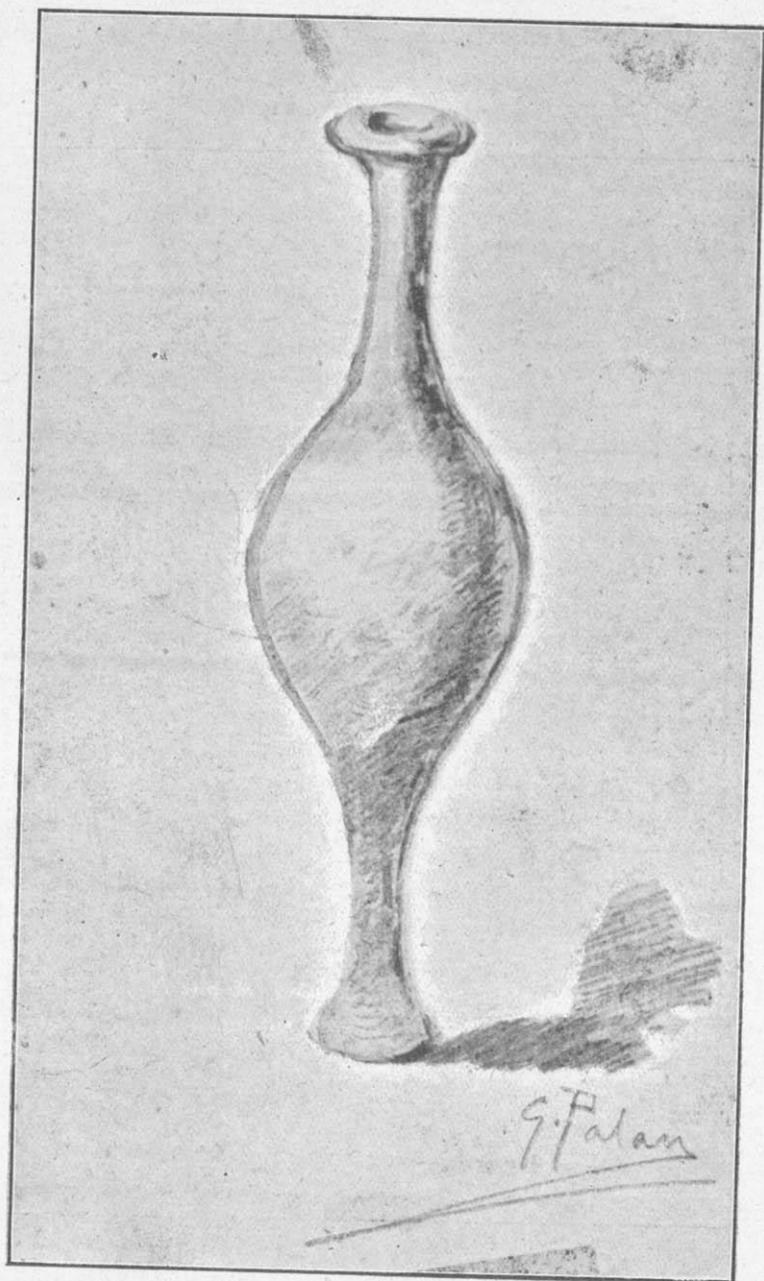


Figura 2.^a
Anforita hallada en "Capnegret", según reconstrucción del Sr. Palau

esta índole de trabajos, ha querido favorecernos, y he aquí, lector paciente, un descubrimiento que nos dió una de las grandes alegrías de nuestra vida.

Sucumbe Capnegret entre las estruendosas explosiones de la dinamita que rellena los barrenos hasta la boca, los que al estallar cuartean las rocas resquebrajándolas, lanzando al propio tiempo por los espacios infinitos fragmentos que, rápidos y con violencia, caen sobre el mismo montículo unos, en el mar otros, como infernal lluvia de carbones semiapagados, y a golpes de mazos y picos que producen sonidos metálicos, y arrancan a la piedra chispas que semejan protestas de las milenarias rocas, las que parece que quieren escupir fuego contra los destructores de la original mole, que camina a su desaparición con un gesto, ya no gracioso, como los antiguos gladiadores caían en la arena, sino con un hecho de singular transcendencia e interés para la historia de Altea, el que sin el sacrificio del montículo no se testimoniara. El enjambre de obreros aplicados cada uno a su farea descuartizan peñascos, cuadrean pedruscos, desmenuzan piedras; es en el mes de diciembre de 1926, y en el lado del cerrillo del mediodía, la cara que da frente a la villa, casi en todo lo alto, muy próximo a los cimientos de la torre, quedaba aún un peñasco de la que estaba separado por estrechísima grieta rellena de tierra; las barrenas hicieron su oficio agujereando las entrañas de la mole, el explosivo estalló soltando estruendoso berrido y convirtiendo en momentáneo simulacro de volcán, ya que del cabezo salen brilladoras llamas, blancos y cenicientos humos entre los que vuelan multitud de fragmentos de todos los tamaños de negros proyectiles que, describiendo sus parábolas, violentos caen en la tierra y en el mar, en donde en la quieta superficie levantan como embudos de agua; aplacada la peligrosa lluvia, acuden los obreros y, contentos, contemplan los efectos del barreno; lo que fué un peñasco ha abierto como una granada y algunos fragmentos se han precipitado al pie del montículo; otros allí permanecen junto a la socavada tierra que rellenaba la grieta; se procede al descombro y, mezcladas con la tierra, el obrero Jaime Sellés Morales, vecino del barrio del Fonet, en Altea, descubre una anforita y dos cabecitas de barro, que guarda; también hay tiestos que desprecia y con los escombros son tirados al agua, salvo unos pocos que cayeron en la tierra.

Leamos la página de historia que nos dió Capnegret al abrir una hoja de su libro; por más que los tres objetos están mutilados como la fotografía muestra (figura 1), por tener elementos en nuestras colecciones los hemos podido reconstituir, lo que ha llevado a cabo el artista don Jenaro Palau, nuestro amigo, y he ahí, lector (en la fig. 2), una anforita que tanto puede ser fenicia como griega o romana, pues de la industria de los tres pueblos conocemos iguales; mas por la camaradería de los demás objetos no dudamos en asegurar que perteneció a gentes venidas de Cartago; mide de altura 135 milímetros por 180 de circunferencia, es de barro blanco terroso y debió ser un esenciero. Las figuritas nos dan también su filiación de procedencia púnica, por más que los artifices que las modelaron fueran de otras razas, como a la sola vista se desprende, especialmente la mayor, que está proclamando con su elegante y airoso peinado la paternidad de un artista griego, y no vulgar; no así la pequeña, de más burda factura, que demuestra un artifice menos artista.

Consultada nuestra modesta colección de objetos procedentes de las necrópolis cartaginesas de Ibiza, y las obras de Pérez-Cabrero (1), Román (2), Vives Escudero (3), Tormo y Monzó (4), Rada y Delgado (5) y Pierre París (6), nos

- (1) "Ibiza Arqueológica". Barcelona, 1911.
- (2) "Antigüedades Ebusitanas". Barcelona, 1913.
- (3) "Estudio de Arqueología Cartaginesa. La Necrópolis de Ibiza". Madrid, 1919.
- (4) "La escultura española en la antigüedad". Madrid, 1926.
- (5) "Antigüedades del Cerro de los Santos". Discursos de recepción ante la Real Academia de la Historia. Madrid, 1875.
- (6) "Essai sur L'Art et L'Industrie de L'Espagne Primitive". París, 1903.

encontramos con que, sin ser iguales o, mejor, repetición de las que poseemos y en los libros de los mentados autores se nos presentan reproducidas, son de la misma índole que las ebusitanas de la cueva *d'es Cuyram*, de *Puig d'es Mulins* la mayor, a pesar de que el barro de que está fabricada es más rojizo; se trata, como se puede ver, de sólo una cabeza con cuello, ya que se nota, aunque bastante, por la parte inferior, el que está terminada; mide 145 milímetros de altura, y aunque de antiguo le falta un trozo de la mejilla izquierda, barba y toda la boca y el resalte de la nariz, se puede apreciar el que era de facciones correctas, aunque el cuello en demasía grueso; lo más de admirar es el pelo dividido desde el centro de la frente y saliendo por bajo de una diadema en dos crenchas que onduladamente y con suprema elegancia dividiéndose en seis, las dos superiores por los lados se meten dentro de aquélla, dejando las dos inferiores sólo al descubierto la mitad baja de las orejas, que están de frente y por detrás de las que bajan unos rizos que terminan sobre el cuello; éstos en sus ensortijados dejan muy bien acusados tres agujeros que, como el de la oreja, no llegan a taladrar; pero bien se nota que hubo el propósito, por parte del artista, de hacerlos, sin duda para poder colocar cuatro pequeños collares, cuyos hilos irían pegados en aquellas incisiones; desde el remate inferior y guardando el contorno de la figura sube un a modo de manto sin pliegue alguno por encima del peinado, y aquí sí que sobresale un poco, terminando por encima de la diadema con leve punta (fig. 3).

Todavía más interesante creemos la otra cabecita que la presentada; mide 115 milímetros, de barro también rojizo, pero sin duda por ser la cochura mejor que la anterior parece distinto, estando más abrigado; la impresión que causa a primera vista es que el imaginero que la fabricó no era gran artista; pero mirándola detenidamente se nota que si bien era inferior al que modeló la mayor, tenía conciencia de lo que hacía y, sobre todo, era expedito para obviar dificultades; la cara, tal vez un poco demasiada larga, está bien modelada, debiendo ser la nariz, que ha sido rota, bastante perfecta, y los ojos muy bien acusados; debió pertenecer a una figura completa, ya que por su parte inferior, no sólo por estar rota en toda su circunferencia y notarse que continuaba, sino que en la espalda existe un orificio, el que nos demuestra que se trata de una estatuilla con peana, la que estaba cerrada, ya que no dudamos el que el agujero sería para que al cocerla en el horno al dilatarse el aire por el calor no resquebrajara la pieza, o también podía ser para poderla colgar de de la pared; pero nos inclinamos a lo primero.

Esta dama, en su prístina forma, o sea antes de ser rota, debía tener los brazos colgando y pegados a los lados del cuerpo, como vemos en algunas que nos presentan varios tratadistas, especialmente Vives Escudero en su interesante libro sobre Ebuso, que ya anotamos; pero también podría presentar una ofrenda, como otras que conocemos; envuelta toda ella por un manto, según vemos en muchas esculturas del célebre Cerro de los Santos, manto que en este caso sube por los lados del cuello y cara dejando al descubierto el escote del pecho, y aun la cabeza, cuya cabellera sólo está acusada por un resalte, pero sin detalle alguno, y terminando por lo alto de aquélla en redondo o en forma de pico, pues de las dos maneras conocemos, pero siendo de notar en esta esculturilla la diferencia con las otras de dejar un espacio entre lo que figura el pelo y el manto; presenta a uno y otro lado de las mejillas dos pegotes de barro alargados y lisos que parece que quieran significar pendientes; son tan rudimentarios que le hacen perder a la figura en sentido artístico, dándole sabor un tanto bárbaro; desde luego, sin entrar en análisis de detalles, causa impresión de estar influenciada la estatuilla por el arte egipcio (fig. 4).

La insignificancia de los tientos nos releva del deber de hablar de ellos; sólo diremos que los hay de barro rosáceo y amarillento, los dos amasados en remotas edades.

Por todo lo expuesto haremos la afirmación de que la desaparecida torre de Capnegret a no dudar fué la fortaleza que protegió a alguna factoría fenicia o



Figura 3.^a
Reconstrucción figurada de la cabecita encontrada en "Capnegret"



Figura 4.º

Dibujo reconstructivo de la figurita del "Capnegret"

púnica establecida cabe la hospitalaria playa, el refugio más seguro para las naves en aquella bahía.

II

En una de las rápidas visitas que nuestro antiquetismo o también añoranzas nos obligan a hacer a Altea, en el verano del 28 tuvimos grata visión primero, seguida de agradabilísima sorpresa, al avizorar desde el tren el destruido *Capnegret*, y visitar después la fábrica en él levantada; pero vayamos por partes:

Un joven y bravo jefe del honorable Cuerpo de Artillería, y mira, lector, si el adjetivo está ajustado que posee la Laureada de San Fernando, nos referimos a D. Joaquín Planells, el que enamoróse de Altea, a cuya villa le acarrió la amistad, y tal fué la impresión que todo le produjo, pero especialmente *Capnegret*, a pesar de no ser ya entonces más que unos miserables despojos, el poco antes aún bellissimo cabezo, que no pasados muchos días era suyo, y pocos meses transcurridos empezaron en todo lo alto a remover tierras para convertir aquella desigual cumbre en una explanada, de la que, por la brevedad del tiempo, pareció que surgiese original y elegante edificio, trabajos que dan al que había llegado a ser miserable altozano, un muy decoroso aspecto, y por los que llegará a ser nuevamente bellissimo sitio una vez terminadas las labores y reformas que por las laderas se están llevando a cabo.

Resisto, lector, a la tentación de hablarte de lo que desde aquel edificio por los arcos de sus pórticos y ventanas se distingue; son sencillamente maravillosas aquellas vistas; ya dirijas las miradas a la policroma bahía; ora la vista se fije en la majestuosa Bernia de coloración azulada con matices rojos; bien mires al pueblo, y allende éste y las huertas con sus diferentes verdes, y a lo último el original Puigcampana; o te extasies en la contemplación de las montañas del Poniente asomándose por encima de todas la gigante Aitana, a las que vela su azul una especie de blanco y diáfano cendal, que es a lo que se asemeja la tenue neblina que el sol al declinar hacia el ocaso produce; se necesitarían todos los pinceles del sinnúmero de artistas que ante tantas bellezas como en aquel país se atesoran, hanse extasiado, o la mágica pluma del novelista montañés, sin rival para describir la naturaleza, por lo que nos ocuparemos sólo del último hallazgo arqueológico ocurrido al levantar una horma en la falda del mediodía del interesante cerro durante el último mes de agosto.

En la remoción de tierras para cimentar el indicado margen fueron encontrados tres objetos, dos de barro y uno de bronce; especialmente éste nos causó viva emoción, pues por tratarse de una bien modelada mano, rota por la muñeca, a las claras está demostrando que perteneció a una estatua y de regular tamaño. Hablaremos primero de las lucernas: es una (fig. 5) de barro blanco lechoso, la que mide desde el asa (perforada) hasta la punta donde está el agujero por el que salía la mecha 110 mm., de ancho 80, y de circunferencia, comprendidos asa y pico, 270 mm.; como por la fotografía se puede ver, la está adornando por la parte superior, y alrededor de la depresión que el centro de todas tienen, a modo de un collar de dos filas de granos. La otra (fig. 5 B) mide del asa, que le falta por estar rota, pero bien se aprecia que estaba formada por una anilla, al extremo contrario, 105 mm., el radio de la circunferencia 65, y 270 rodeándola toda; tiene el pico para el agujero de la mecha de forma del de pato, algo más ensanchado en el extremo, presentando las señales evidentes de haber servido para su oficio, esto es, el de alumbrar; ofrece la particularidad de tener en el lado derecho y en la medianía de la periferia un pequeño estigma para poderla coger con dos dedos; agarrador que sólo habíamos visto hasta ahora en las que no tienen asa. La decoración de ésta consiste en cuatro hileras de pequeños granos en la parte superior, y de la mitad hacia abajo seis, quedando entre las dos secciones una faja

lisa; la fabricación es de barro fino rosáceo y con barniz negro.

Una y otra pieza, sin ser iguales, tienen gran parecido con otras lucernas de las que figuran en nuestra colección de objetos procedentes de las necrópolis púnicas de Ibiza, por lo que no dudamos en darles a los antiguos poseedores la nacionalidad cartaginesa.

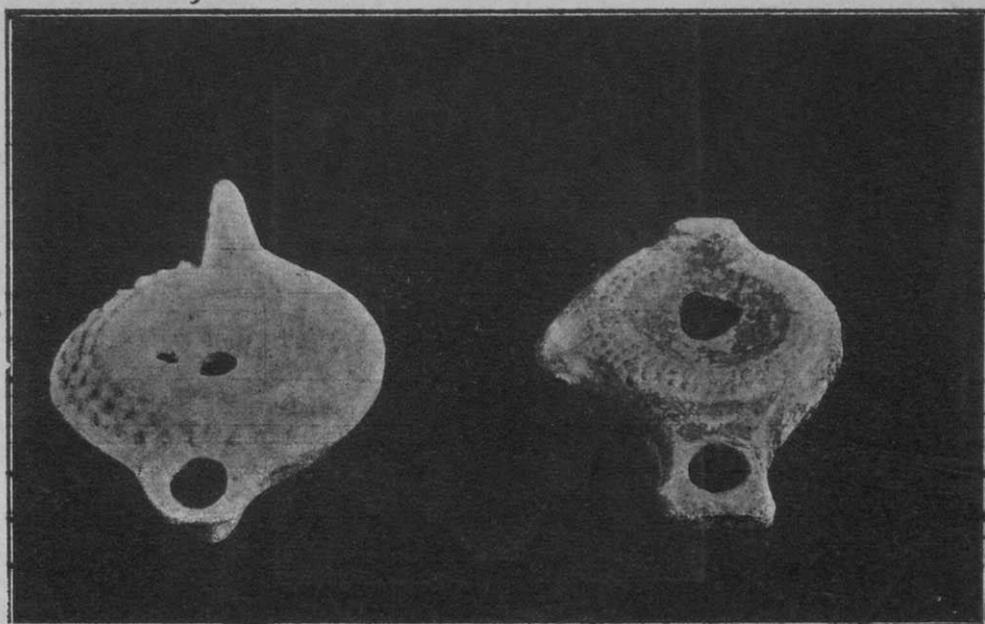
Estos dos candiles de barro refuerzan el argumento que las figuras anteriormente descritas nos sugirieron, y estando apagados ya varios siglos han venido en el veinte a alumbrar una página de la historia de Altea.

Vamos a intentar el describir la enunciada mano de bronce, que es la derecha, y se encuentra rota por la muñeca, cerrados los dedos, y mide desde los nudillos de éstos hasta aquélla 80 mm., la circunferencia por el dorso y los dedos 200, y la de la muñeca 135; como por la fotografía (fig. 6) se puede apreciar, tiene tres dedos cerrados: el meñique, anular y corazón, y sobre éste descansa el pulgar; le falta por estar roto el índice, cuya posición no dudamos en señalar: pensamos primero en la posibilidad de que estuviera extendido; pero al observar la periferia del dedo en su rotura nos pareció excesiva para el grosor de aquél, aun creyendo, como no dudamos, el que ostentara un anillo; esta consideración nos hizo sospechar si este dedo se cerraría también por encima del pulgar sobre el índice, formando entonces el puño la higa, idea a la que nos aferramos por las huellas de aquél en estos últimos; así, pues, creemos estaría doblado sobre el pulgar, llegando la punta al del corazón, en el que se aprecia la huella; por tanto, se puede asegurar sin miedo a equivocarnos que la mano, que está muy bien modelada, no aprehendía o sostenía nada, y que estaba formando la figura que antes dijimos, lo que a no dudar fué motivo de la mutilación del índice para borrar todo vestigio, aun después de romperla, de la estatua de la que formó parte, ya que en la muñeca se aprecia bien la rotura, la que indudablemente debió producirse al tratar de destruirla, bien al entronizarse la religión de Cristo, ora a la invasión de los Alanos, las gentes del Norte, que arrasaron nuestra comarca. Sea lo que quiera es un resto arqueológico de singular interés para nuestra villa de Altea, y es gran lástima el que las demás partes de la estatua no siguieran apareciendo.

P. S.—A nuestro amigo el artista D. Jenaro Palau, que tantos cuadros suyos se inspiraron en los campos, mar y montañas de Altea y cuya singular luminosidad allí aprendió, de tal modo que hubo de transformar su estilo pictórico al llegar a aquélla y encontrarse con la insospechada luz que el brillador sol al reflejarse en el policromo mar de aquella bahía extiende por todo cielo y tierra, le encargamos los dibujos que completaran las figuras encontradas para que nuestros coterráneos de la incomparable villa se dieran cuenta de cómo pudieron ser las mutiladas que en nuestra colección figuran, creyendo en el acierto del artista.

Sirvan estos renglones como muestra de agradecimiento al amigo y recuerdo al desaparecido artista.





A

Figura 5.^a
Lucernarios de barro

B



Figura 6.^a

Mano de bronce, correspondiente a una estatua romana "Capnegret"

V A R I A